



La memoria de la Tierra

Kimberley o el Far West australiano

RAFAEL MANRIQUE

LA LINEA DEL HORIZONTE
ediciones



RAFAEL MANRIQUE

SANTANDER, 1955

Viajero empedernido, apasionado del cine y la lectura, es doctor en Psiquiatría y ejerce la práctica privada en Santander. Fue becario del Fondo de Investigaciones Sanitarias y de la Universidad de Massachusetts en el Berkshire Medical Center. También es, en la actualidad, supervisor clínico y docente en diversas instituciones fuera y dentro de nuestro país. A su pasión por los temas de su especialidad, y al mundo de la cultura en general, dedica el contenido de sus columnas en prensa.

Autor de una larga bibliografía sobre temas de su ámbito profesional, entre ellos: *La psicoterapia como conversación crítica* (1994), *Sexo, erotismo y amor. Complejidad y libertad en las relaciones amorosas* (1996), *El diamante sin límites. La mente que podemos tener* (1999), todas ellas en Libertarias-Prodhuft; *¿Me amas?* (Paz México, 2009) o *Celos, la patología de la certidumbre* (Trilla, México, 2011). También sobre mente y pensamiento ha publicado *Con lugar a dudas. Hilos y raíces de pensamiento crítico* (Límite, 2005); al séptimo arte ha dedicado *Al cine le gusto yo* junto a Carlos Rodríguez Hoyos (Laertes, 2017); a la ficción, el libro de relatos *19 rayas* (Milrazones, 2009) y la novela *El gran vacío amarillo*, con Silvia Andrés (El Desvelo, 2016).

El viaje por los cinco continentes es una circunstancia que llena su tiempo de ocio y a ello pertenece *La densidad del desierto* (Zanzíbar, 2006) y *El viaje y las horas* (Laertes, 2014). En los últimos años Australia ha ocupado un lugar privilegiado y lo ha recorrido en diversas ocasiones.

Foto de cubierta: ©Rajeev Rajagopalan



La memoria de la Tierra

Kimberley o el *Far West* australiano

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Título de esta edición: *La memoria de la Tierra.*
Kimberley o el Far West australiano

Primera edición en LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones:
noviembre de 2018

© de esta edición: LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones
www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

© del texto y las fotografías de interior: Rafael Manrique
© de la cartografía: Blauset

© de la maquetación y el diseño gráfico:
Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico
© de la maquetación y versión digital: Valentín Pérez Venzalá

Depósito Legal: M-35522-2018 | ISBN: 978-84-15958-98-7 | IBIC: WTL; 1MBF
Imprime: Estugraf | Impreso en España | Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

LA MEMORIA DE LA TIERRA

KIMBERLEY O EL FAR WEST
AUSTRALIANO

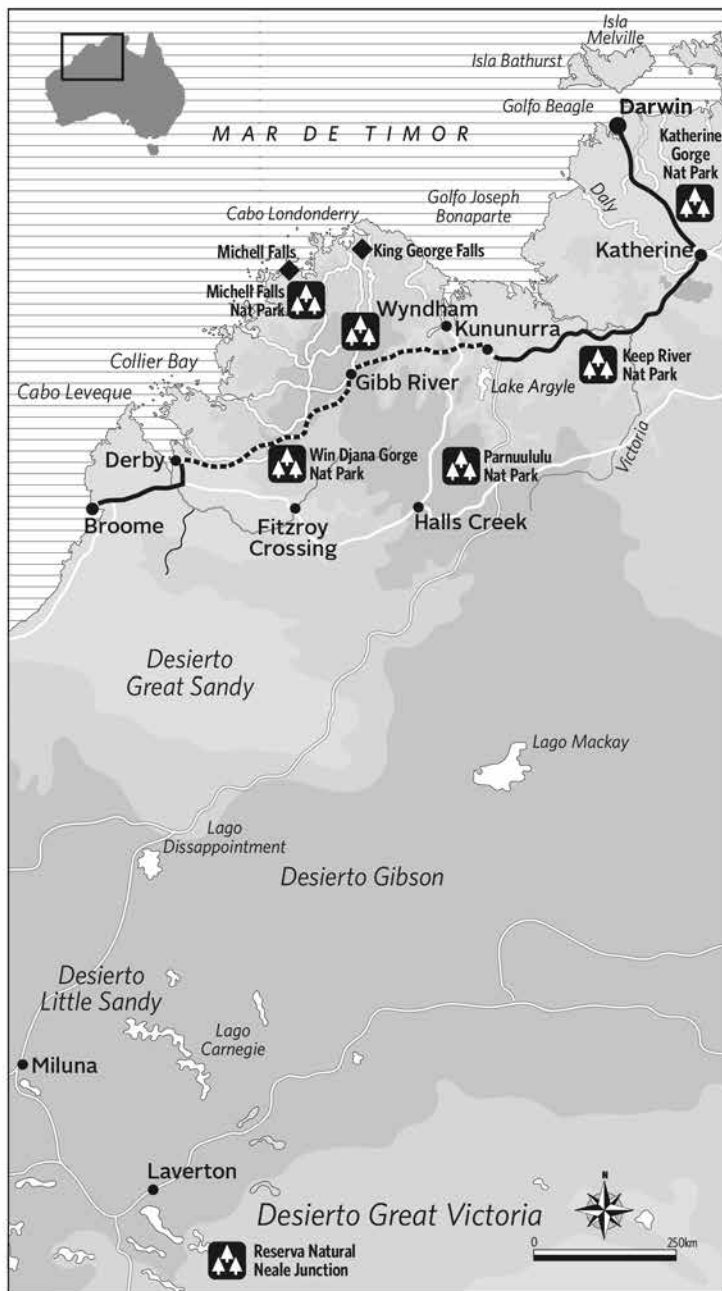
-

**RAFAEL
MANRIQUE**

-

COLECCIÓN
FUERA DE SÍ. CONTEMPORÁNEOS
Nº12

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



ÍNDICE

LA MATERIA DEL TIEMPO	(17)
NOTA 01. Extraños en tierra extraña	(23)
NOTA 02. El viajero en su paisaje	(32)
NOTA 03. A través de aquella Gondwana	(39)
TERRITORIOS DEL PRINCIPIO	(47)
NOTA 04. Territorio del Ensueño	(49)
NOTA 05. Territorio aborígen	(56)
NOTA 06. Territorio artístico	(65)
NOTA 07. Territorio europeo	(75)
POÉTICA DE KIMBERLEY	(83)
NOTA 08. Ligera meditación sobre su belleza	(84)
NOTA 09. Un desierto que es una casa	(91)
NOTA 10. Si no fuera por el agua	(96)
NOTA 11. ¿Dónde, cuándo, a qué distancia, qué tiempo...?	(101)
DOS CIUDADES	(107)
NOTA 12. Darwin, bajo el nombre del genio	(109)
NOTA 13. Broome, madreperla	(114)
LA GIBB RIVER ROAD	(119)
NOTA 14. La gran pista	(121)
NOTA 15. Las estaciones en la Gibb River Road	(127)
NOTA 16. Entre baobabs y termiteros	(132)
CÓMO NO AMAR ESE EXTRAÑO MUNDO	(139)
NOTA 17. Refugios en la sabana	(141)
NOTA 18. Intemperie	(146)
NOTA 19. En el lago Argyle	(151)
NOTA 20. Bungle-Bungles	(156)
NOTA 21. El Questro	(162)
NOTA 22. Una playa en el río Manning	(166)
NOTA 23. Tunnel Creek	(170)
EL TIEMPO QUE VENDRÁ	(175)
NOTA 24. El viaje realizado	(177)
ALGUNAS LECTURAS	(183)
AGRADECIMIENTOS	(184)

A Elvira



*Todos los viajes tienen destinos secretos
sobre los que el viajero nada sabe.*

MARTIN BUBER

Siempre me ha parecido que estaría bien donde no estoy.

CHARLES BAUDELAIRE

Lo que vemos no es lo que vemos, sino lo que somos.

FERNANDO PESSOA

*La aventura se recorre a la vez por las rutas del mundo
y por las avenidas que llevan al centro oculto del yo.*

PIERRE MABILLE



LA MATERIA DEL TIEMPO

Miro un pequeño koala de peluche al lado de mi ordenador. Compré un paquete de doce. Por tres dólares. De los chinos. De los de Broome, Kimberley, Australia Occidental. En su barrio... chino.

De niño me atormentaban, entre otras muchas cosas, los australianos. Pensaba en la redondez de la Tierra y temía por los antípodas. Los caminos del agobio neurótico obsesivo son infinitos... ¿Cómo era posible que caminaran cabeza abajo? Estaba seguro, como los antiguos geógrafos griegos, de que todo animal y humano en esa tierra había de ser extrañísimo. Confirmé mis sospechas cuando leí sobre los ornitorrincos en las enciclopedias. No solo descubrí su extraña morfología. Además, se afirmaba que era el único mamífero que no sueña. «Mejor —pensé—, así no tendrán pesadillas acerca de sí mismos». No hay ideología creacionista que sobreviva a la visión de ese animal que, con su esencia y su apariencia, resulta más propio del oficio de un taxidermista delirante que de un ser realmente existente. Una chapuza. Era como si Australia fuera un lugar en el que la evolución hubiera hecho locuras aprovechando su lejanía. En el tiempo de la infancia también jugaba con los naipes *Familias del mundo*. Papá bantú, mamá bantú o abuelo esquimal por primera vez me proporcionaron una visión democrática de la diversidad del mundo. Los niños esquimales, indios, bantúes o mexicanos eran iguales y diferentes a mí. Le quité miedo a las

diferencias entre los seres humanos. En esos naipes con vocación multicultural no estaban los aborígenes australianos. Mucho tiempo después ya tuve conciencia de ellos y de sus paisajes. Visité el Uluru, el Parque Nacional Pèron, los grandes desiertos del centro del continente, la Ópera de Sídney, la Bahía de los Tiburones (Shark Bay)... Y ahora Kimberley, el noroeste de Australia. Su *Far West*, un lugar remoto y ajeno a la existencia de la mayor parte de los seres humanos, incluidos la mayoría de los que viven en Australia.

No tengo una respuesta acabada a qué es Kimberley. Henry David Thoreau se preguntaba lo mismo, en su libro *Walden*, acerca de ese estanque, tras vivir en sus orillas y amar ese lugar. Me gusta pensar que este relato se conecta con él, salvando las distancias, claro. Con su esfuerzo, compromiso, fascinación y, en ocasiones, con su estupor y ambigüedad ante lo que experimentaba. El famoso naturalista describe sus paseos y exploraciones como si fuesen, usando sus palabras, «un diario meteorológico de la mente», en el que se unen observaciones, impresiones y narraciones tal como se van produciendo. Es un estilo apropiado para mi mente, que funciona de forma contradictoria, inestable, curiosa, dudosa. Lujuriosa cual selva y áspera cual desierto. A días.

Tal vez la mejor respuesta se encuentre en las explicaciones aborígenes: estamos ante el paisaje que quedó tras el paso de la Serpiente Arco Iris en la época del Ensueño (*Dreamtime*). No pretendo ponerme espiritualista, y menos aun cursi, pero no es mala explicación. Estar en cualquier zona de Australia supone contactar con la cosmogonía creada durante milenios por sus diversos pueblos aborígenes, que se engloba bajo ese nombre. Las poéticas explicaciones que ofrecen me resultan sobrecogedoras. Con frecuencia sobrepasan mi

entendimiento. Pero sí llego a intuir que este territorio es aquel tiempo hecho materia.

Este viaje a Kimberley, a priori tan interesante como otros que había realizado, resultó ser una experiencia completa de la Tierra, el planeta en que vivimos. Es una tierra frágil, poco fértil, dura, híbrida entre lo desértico y lo monzónico, producto de una geología un tanto loca; casi vacía, pero, simultáneamente, llena de una fauna extravagante; con notas de civilización del siglo XXI al tiempo que el hogar de diferentes grupos aborígenes...; una tierra que no se deja abarcar con facilidad. Y adquirió forma y sentido para mí a medida que recordaba, relataba a los amigos y escribía. Como tantas veces me ha pasado en la vida, lo importante lo supe después de que pasó. Es la curiosa y melancólica condición humana. Algo así le debió ocurrir a Marcel Proust. Solo que a él le cundió más, mucho más, muchísimo más. Concebía la escritura «...con continuos reagrupamientos de fuerzas, como una ofensiva», y hablaba de la necesidad de «soportarla como una fatiga, aceptarla como una regla, construirla como una iglesia, vencerla como un obstáculo, conquistarla como una amistad, sobrealimentarla como a un niño, crearla como un mundo». Sí, así pensaba la escritura en *La memoria de la Tierra*.

En la tradicional diferencia entre nómadas y sedentarios, Adam Zagajewski hace un matiz: los sedentarios mueren donde nacen y los emigrantes lo hacen en otro sitio. Allí suelen dar lugar a otras generaciones que, a su vez, serán sedentarias. Pero, como si estos guardaran memoria de que la vida había sido diferente en un tiempo anterior a su estabilidad, viajan. Son ellos, los enraizados, los que suelen hacerlo por placer, pero, eso sí, asegurándose de que van a volver a casa. Se puede pensar que serían necesarias razones más poderosas o

profundas que el placer. No hacen falta. «Todo en la vida es locura, excepto el placer», decía Violetta, la protagonista de *La traviata*. El deseo y el gozo son esencias de nuestra subjetividad. Y no en vano, ya que, si son genuinos, nunca se acaban: resultan ser un poderoso motor. Unos llevan a otros. Construyen nuestra singularidad. Eso pasa con los viajes. No me refiero a los que se realizan por trabajo, obligación o peligro de muerte. Aunque no sabría decir si en esas situaciones el término apropiado es el de *viaje*. Me refiero ahora, en este texto, a los que se realizan por placer; bien se va a los lugares que ya se conocen o entienden, bien se va a aquellos que uno no comprende. De estos últimos, si todo va bien, volvemos fascinados, pero con el dolor de seguir desconociéndolos. Por eso los recordamos y perduran en nuestra mente. Se parecen a los amores que no fueron o que se perdieron. Dejan una herida, una huella, un anhelo. Quedan.

Durante el trayecto fui tomando apuntes rápidos de datos, referencias, detalles, pensamientos, sentimientos... y alguna que otra bobada. Todo ello a trompicones. Las duras pistas no permitían bellas caligrafías. A veces escribía en una Moleskine. Otras, en unos cuadernos de aspecto similar comprados en una papelería de barrio. Sin *glamour* alguno, claro está, pero con una utilidad semejante. Ya están en la papelería. No los conservo, no soy fetichista. O sí, pero de otra clase de objetos. Con ellos he venido elaborando un relato del trayecto entre Darwin y Broome, atravesando la región de Kimberley, una de las zonas más fascinantes de Australia, en un continente que tiene muchas. Ahora, una vez finalizado, pienso en la razón que nos mueve a ir a cualquier destino, al que sea. Y, como tantas veces, este viajero, psiquiatra de profesión, ha comprobado que el deseo no se deja explicar.

En los días en que andaba escribiendo este relato, leía *Magia* de William Butler Yeats. En él, de forma una tanto mística, describe la «gran memoria» y la «gran mente». Y esos conceptos acabaron por resultarme útiles. Son dos ideas acerca de nuestra forma de pensar. Creí que podían tener importancia en un viaje como este. Decía el poeta que se pueden obtener percepciones de Verdad en lo profundo de la mente y de la memoria mediante el espiritismo. —Lo escribo con mayúsculas, como él quería, ya que de ningún modo consideraba que fuera relativa—. Dicho así parece una chifladura. Y lo es, aunque esas ideas no son tan locas si nos referimos a cómo símbolos, percepciones y acontecimientos pueden llegar a desatar estados psicológicos. Son, precisamente, los que hacen que esa experiencia nos transforme, nos pertenezca. Estoy hablando, a través de Yeats, de una sensación extraña, difusa, difícil de precisar, pero, al tiempo, clara. El poeta persa Yalāl ad-Dīn Muhammad Balkhi, también conocido como Rumi, ya en el siglo XIII usaba esa misma sensación para definir nada menos que el amor. El recorrido de este territorio es una de las formas de acercarse a ella. No es fácil en esta época que un viaje proporcione esa experiencia y sea algo más que una sucesión de banales vistas coleccionables, por bellas y remotas que sean.

Así que, entre Rumi y Yeats, escribía con un cierto complejo de inferioridad. Solo me salvaba la esperanza de que, habiéndome gustado el viaje, otros disfrutaran con el relato. Esta expansiva idea no es mía. Es de Charles Dickens. Así explicaba algunas de sus obras. Pero no todo en un escritor es generosidad. Envidia, ambición y vanidad siempre están presentes: ¿Qué tiene Jack London que no tenga uno? La respuesta es rápida y dolorosamente clara. Y, además, llevaba cuatro citas en unas pocas líneas. Había que acabar el texto.

Al repasar estas últimas palabras del libro, que serán las primeras, pienso que sobre nuestro placer por el nomadismo y la narratividad se asienta el gozo de viajar. Al relatar el viaje me apropiaba de él. Todo lo que hice, lo que pensé y lo que sentí se convierte en parte de una identidad que tiene sentido para mí. Todo lo acontecido en esos días se anclará en mi existencia. Aunque siento la fuerza y el vértigo de ese deseo y ese placer, apenas puedo decir de dónde vienen. Quizá sea que hayan de permanecer en el misterio. Como todo anhelo.

Lo universal y lo local, lo ontológico y lo singular. Este viajero muere por algunos relatos de viaje que despliegan estas dimensiones en dos direcciones. Como los de Alexander Humboldt. En ellos se muestra la intensa y singular conmoción por lo que ve y vive, así como la descripción de sus experiencias hecha con precisión y belleza. Tal vez no se pueda pedir más. Ni menos. De ahí que, acabado el libro y ya redactando esta introducción, tenga una cierta ansiedad. ¿Qué es Kimberley?, ¿le importa a alguien?, ¿he sabido contarle?

Miro, por un momento y de nuevo, al koala que está encima del ordenador. Va perdiendo pelo. No era normal que solo costara tres dólares la docena. Por cierto, los koalas no viven en Kimberley.

NOTA 1

EXTRAÑOS EN TIERRA EXTRAÑA

Una revista sobre la barra del bar Hemingway, en Manly, Sídney. En ella, un reportaje de poca calidad, pero con unas fotos impresionantes. «¿Dónde está esto?», pensé. Leí: «Kimberley». Si uno se imagina Australia como un cuadrado, estaría en la esquina superior izquierda. El noroccidente. Un territorio tan grande como casi dos veces España. Ese nombre tan inglés viene, desde luego, de un inglés: John Wodehouse, primer conde de Kimberley y Secretario de Estado para las Colonias de 1870 a 1874 y de 1880 a 1882. Alexander Forrest, el famoso explorador de estas tierras, las denominó así. Supongo que tratando de ganarse favores del gobierno. Entonces y ahora hay que intentar estar a buenas con el poder para según qué cosas.

Un año después de la lectura de aquel artículo, este viajero entraba, junto con unas pocas personas más, en un mundo *aborigen* y europeo, cultural y salvaje, desarrollado y fronterizo, monótono y contrastado, bello y peligroso.

A lo largo de los días completamos un largo trayecto atravesando el último *Far West* de la Tierra, que, paradójicamente, se inicia y termina en ciudades, Broome y Darwin, propias del siglo XXI. Un territorio que se configura a través de una historia de abnegación, sufrimiento, exploración, explotación, acogida, integración, belleza, violencia, colonialismo y ambición. Hay otros lugares en los que destaca una dimensión: cultural, histórica, etnográfica, paisajística...; incluso hay algunos que se distinguen por su extravagancia. De esa manera permiten una cierta orientación acerca del mundo que se está

recorriendo. Allí se percibían todos al tiempo, configurando un viaje que resulta una metáfora del conjunto de este planeta delicado y, actualmente, muy amenazado.

A los pioneros europeos les costó asumir el supremo vacío de Australia, esa mortificante inutilidad de tal masa de tierra. Posar los ojos en cualquiera de las direcciones hace que uno quede sobrecogido. Cuando en Kimberley se mira hacia el Índico o al mar de Timor, se está dando la espalda a territorios terribles y ásperos. Si se dirige la mirada al *Outback*, ese tórrido y horrendo espacio en blanco, se dará la espalda a los mares que aislaron Australia y, al tiempo, permitieron que se poblara. Estamos rodeados de vida y de muerte. De extremos. Océanos que contienen algunos de los misterios importantes de la Tierra, fosas abisales, islas desconocidas en áreas marítimas que, por una razón o por otra, no son transitadas, sabanas infinitas y desiertos temibles. Intemporalidad y destrucción geológica se dan una al lado de la otra.

Se trata de un sistema ecológico salvaje y antiguo, pero frágil. Un territorio diferente, lo que se constata de manera obvia al llegar a las estaciones de cuarentena que hay en todas las vías de acceso que rodean Kimberley. En ellas se inspeccionan y desinfectan los vehículos. Han de proteger ese espacio impidiendo que, entre los bajos y las ruedas de los vehículos o los equipajes de los pasajeros, entren semillas, esporas, gérmenes o especies foráneas. Animales y alimentos crudos tampoco pueden pasar al interior. Ni la miel. Entramos por la de Kununurra, cercana a la frontera del Territorio del Norte. Por comodidad y solidaridad, es mejor llegar a esos puntos habiendo evitado ya ese peligroso tráfico. Como a lo largo de todo el recorrido, un mandato legal y un compromiso personal llevan a procurar activamente que el impacto sea el

mínimo posible. Sobre todo, en estas tierras en las que se acampa al aire libre y las infraestructuras turísticas o sanitarias son escasas.

La palabra *cuarentena* tiene sombrías y emocionantes resonancias. Plagas, enfermedades mortales, contagios, infecciones. La muerte oculta en cada lugar, en cada gesto, en cada objeto, en cada persona. El contacto físico, fuente de los mayores placeres, puede convertirse en el mayor peligro. Pasar por estaciones de cuarentena crea una sensación que, sin duda, hubieron de tener los seres humanos de otras épocas. Epidemias de peste o cólera, lugares remotos, la constancia de estar entrando en otros mundos, el azar y el vértigo de una muerte siempre posible en toda aventura. Cuarentena..., cuando el mundo era lo otro, lo ajeno, lo peligroso.

El proceder es muy antiguo. Se citan medidas de evitación de contagios ya en la Biblia. Para mí, tiene resonancias cercanas. La cuarentena evoca la peste del siglo xiv, la casa de los esclavos de la isla de Gorée, la llegada de los barcos a América, a la isla de Ellis, en Nueva York. Todo ello vino a la mente de este viajero mientras esperaba a la sombra todos los trámites, declaraciones y procedimientos.

Cuarenta días suelen ser suficientes para evitar el contagio de muchas enfermedades, pero son ineficaces en muchas otras. No hay nada científico en ese número. Es, simplemente, el de los años míticos que, según la Biblia, pasaron los israelitas en el Sinaí y el de los días que estuvo Jesús en el desierto. Mientras muchos contemplábamos fascinados la vuelta de los primeros seres humanos de la Luna, los científicos preparaban una cuarentena en previsión de que trajesen gérmenes desconocidos del espacio exterior. Poco románticos y muy impresionables, los de la NASA.

COLECCIÓN FUERA DE SÍ

*Un paseo literario por el mundo a través
de autores y viajeros de hoy.*

CO#1 *Paisajes del mundo*

JAVIER REVERTE

CO#2 *El cuerno del elefante*

PACO NADAL

CO#3 *Postales del joven Moss*

ALEXANDER BENALAL

CO#4 *El camino cruel*

ELLA MAILLART

CO#5 *Del viaje como arte*

EDITH WHARTON

CO#6 *Crónica japonesa*

NICOLAS BOUVIER

CO#7 *En el barco de Ise*

SUSO MOURELO

CO#8 *El tiempo de las mujeres*

ÁNGELES ESPINOSA

CO#9 *Chuquiago. Deriva de La Paz*

MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

CO#10 *El ladrón de recuerdos*

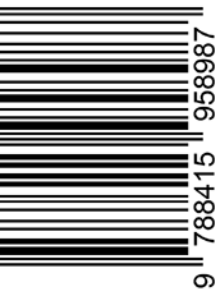
MICHAEL JACOBS

CO#11 *Heridas del viento*

VIRGINIA MENDOZA

CO#12 *La memoria de la Tierra*

RAFAEL MANRIQUE



Lo que hace especial a Kimberley no es su geología ni la genética de sus pobladores originales, que comparte con el resto de los aborígenes de Australia, sino la configuración de un espacio que conecta cuatro territorios superpuestos: población humana, interpretación cultural, producción artística y realidad colonial. Esta mezcla hace del viaje una experiencia fascinante y singular, ya que lo convierte en un sistema principal en la comprensión de los ecosistemas que tienen importancia ontológica, esto es, aquellos que definen la Tierra y a los seres humanos. Pocos lugares llegan a tener tanta importancia.

RAFAEL MANRIQUE

Extraña y remota hasta para los propios australianos, Kimberley es una región imponente por su salvaje naturaleza, y también una geografía radical que convoca azar, peligro o asombro; un escenario distópico para la saga *Mad Max* filmada en sus paisajes. Nos dice su autor que atravesarla ha de parecerse a la extraordinaria experiencia que hubieron de tener los seres humanos cada vez que, hace miles de años, daban sus primeros pasos en lo que fue la expansión migratoria de África.

También es un territorio espiritual, sobrenatural. En él los antepasados de su población aborígen crearon un sofisticado universo simbólico para interpretar su mundo. *El Ensueño* habla de seres míticos que, con sus actos, sus canciones y su deambular esencial crearon vida en la tierra. Huellas y marcas que aún son visibles para ellos y que los europeos llamaron *Huellas del Ensueño* o *Trazos de la canción*, como hizo Bruce Chatwin; mientras que sus habitantes lo denominan *Pisadas de los antepasados* o *Camino de la Ley*. Este *Far West* australiano es geografía con memoria, un holograma de lo que la Tierra puede expresar.